

Un hombre entre paréntesis: retrato de Mario Levrero (fragmento)¹

MAURO LIBERTELLA

“Jorge era pobre. Fue pobre casi toda su vida y se las arreglaba muy bien con muy poquita plata”, le dijo Leonel Livchits al escritor y fotógrafo Eduardo Abel Gimenez. El de Levrero era el trabajo de un equilibrista: con pequeños préstamos, con sumas mínimas que le entraban por alguna colaboración, con el anticipo de un libro nuevo, iba construyendo estructuras económicas precarias pero suficientes para sobrevivir. No trabajar “salvo por un paréntesis de tres años en Buenos Aires, durante el que ofició de jefe de redacción de *Cruzadas*, una revista de juegos y acertijos” era al mismo tiempo una decisión y una fatalidad. Guardaba lo que tenía y revisaba muy cuidadosamente todos los ingresos. Siempre encontraba algún peluquero o un dentista que no le cobraba. Lo visitaban muchas mujeres y le llevaban provisiones para varios días (“De noche vino Chl y me trajo comida”, repite, en *La novela luminosa*, como un estribillo). Muchos le dejaban cosas cuando pasaban por su casa y él les retribuía ese acto de generosidad con un par de horas de charla profunda, y la gente se iba con la sensación de que los había ayudado mucho más que ellos a él.

Pero su conflicto central con el dinero era un problema filosófico que giraba en relación al tiempo. Muchos de los conflictos en su vida tenían que ver con el tiempo: cómo usarlo, en qué gastarlo, cómo administrarlo. *La novela luminosa* es esencialmente un libro sobre la administración imposible del tiempo. Levrero necesitaba largas horas de reposo absoluto para conectarse con el fondo más profundo de su interioridad y así producir algo que fuera importante, al menos para él. El trabajo interfería trágicamente con esa búsqueda del tiempo, al punto que una hora

¹Publicado por Ediciones Universidad Diego Portales (2019), Santiago de Chile.

diaria de trabajo rentado podía arruinarle el día. Al período que pasó siendo empleado en Buenos Aires lo definió como “un tiempo sin sustancia, de mala calidad”. “Necesito ocio. Todavía no conseguí mucho. Sigo huyendo de la angustia difusa que precede a la posibilidad del ocio. Es horrible esa angustia difusa”, apunta en *La novela luminosa*. E insiste: “Ayer concluyó mi semana ‘de ocio’, aparentemente desperdiciada porque la utilicé intensamente en reunirme con gente amiga y en resolver algunos asuntos prácticos, eludiendo la angustia difusa y el ocio propiamente dicho [...]. Descubrí que el ocio no consiste en sentarse necesariamente en un sillón y ponerse tenso a esperar la angustia difusa. Que la angustia difusa venga por su cuenta cuando tenga que venir, si es que tiene que venir. Yo intentaba forzar una situación anímica, y por eso fracasaba. Está bien sentarse en un sillón a descansar o en otro sillón a leer, cuando uno quiere, cuando hace falta. Pero si uno lo hace por obligación, para poder encarar un proyecto, como éste de la beca, eso ya no es ocio, ni búsqueda de ocio. O mejor dicho, la búsqueda de ocio se transforma en un trabajo, o sea en un negocio, o sea en la negación del ocio”.

A principios de los años noventa pareció encontrar el dispositivo que le procuró un ingreso módico pero sostenido hasta sus días finales: los talleres literarios. Los daba una, dos o tres veces por semana (primero en una institución pública de Colonia, luego en su casa en Montevideo) y fueron la garantía de que podría pagar, al menos, los servicios básicos. Sin embargo, en los textos autobiográficos finales se queja de los talleres con la misma vehemencia con la que se quejaba del trabajo de oficina de tres años en Buenos Aires.

En *La novela luminosa* escribió: “Un jueves cada dos semanas tengo una jornada intensa de talleres literarios: primera sesión, 16:30; segunda, 20:15. Estamos en Uruguay, de modo que el taller de las 16:30 comienza más allá de las 17:00, y hoy había mucho para leer y terminamos a las 18:45 [...] El trabajo con estos grupos siempre me dispara. Ya son casi las cuatro y media de la mañana y estoy completamente disparado. Debo hacer un esfuerzo e irme a acostar. [...] Me gustan mis alumnos, me gusta el taller. No para todos los días...”.

La contradicción en torno a los talleres es siempre la misma: los disfruta y al mismo tiempo los padece. También en *La novela luminosa* escribe: “Me gustan mis talleres y quiero mucho a mis alumnos, pero el problema no está allí, sino en la

interrupción del proceso de explorar la angustia difusa”. Y más adelante: “El taller no es ocio, porque tiene una finalidad de negocio, a pesar de todo lo placentero y de cuánto se mueve el espíritu con esa actividad.

Es una actividad con horario y con finalidad. No es ocio, y me desquicia los nervios”.

En rigor, los talleres excedieron ampliamente su posibilidad puramente económica, y se convirtieron en semilleros formativos de toda una generación de aspirantes a escritor, pero también en espacios de sociabilidad; ahí, en un living alrededor de una gran mesa ovalada de madera, se sellaron algunos vínculos fuertes de la trama cultural montevideana. “Él estaba muy acostumbrado a recibir personas frustradas de otros talleres”, recordó su alumna Helvecia Pérez para el libro *Maestros de la escritura* (Ediciones Godot: 2018). Fueron así, para muchos, el punto de llegada luego de un periplo de intentos fallidos por una ciudad sin tantas opciones.

Recién en el año 2000 llegaría para Levrero una cierta comodidad económica, cuando le concedieron la Beca Guggenheim, de 30 mil dólares, con la que pudo vivir sus últimos años y a partir de la cual escribió *La novela luminosa*. Pero nadie podría precisar con exactitud cómo hizo para vivir durante toda su vida casi sin trabajar. Se apoyó mucho en la ayuda de los amigos y luego de los discípulos. En sus últimos años, cuando la gente lo visitaba para escuchar la palabra inspiradora del maestro y él los recibía en sillones enfrentados para una charla “alma a alma”, les aconsejaba que dejaran sus trabajos, que no vendieran su tiempo. “Dejá de trabajar y vas a estar bien”: esa era la receta con la que clausuraba las conversaciones.

“Él era nuestro ejemplo –dice el narrador uruguayo Felipe Polleri, sentado en el living de su casa de Montevideo, con el viento del invierno golpeando las ventanas–. Cada generación tiene un escritor ejemplar. Un tipo que se dedica, con todos los sacrificios del caso, a escribir, al arte y a nada más en el mundo. Y él era el que lo hacía mejor y el que no pedía nada a cambio. ¿Qué es ser un escritor? Es ser como Mario Levrero. Eso es profundamente inspirador. Es importante que en tu época haya al menos uno de esos tipos circulando”.